



**S.E. Monseñor
Giampaolo Crepaldi**

ARZOBISPO DE TRIESTE
Y PRESIDENTE DEL
OBSERVATORIO

LA ENCÍCLICA *CARITAS IN VERITATE* Y LA UNIVERSIDAD¹

Teniendo que hablar hoy de la encíclica de Benedicto XVI en la Universidad de Padua, no puedo dejar de examinar, en vía preliminar, precisamente el significado de este encuentro, es decir, del encuentro entre la *Caritas in veritate* (CV) y la universidad: la universidad en general y esta en especial. Tampoco puedo, al hacerlo, olvidar las lecciones magistrales de Benedicto XVI en análogos contextos universitarios y de especialización cultural. Me refiero, ante todo, a la lección magistral que impartió en la Universidad de Ratisbona el 12 de septiembre de 2006, pero también a la alocución que el Papa habría debido leer el 17 de enero de 2008 en la Universidad La Sapienza de Roma y al discurso que pronunció en el Colegio de Bernardos de París el 12 de septiembre de 2008, con ocasión de su visita pastoral a Francia² en el 150º aniversario de las apariciones de Lourdes. Tengo la seguridad de que, al examinar el significado de este encuentro entre CV y universidad, no he de responder tan solo a una exigencia profunda de la propia CV, sino que, juntos, tendremos ocasión de apreciar algunos aspectos significativos del contenido de esta encíclica.

Quisiera empezar por una pregunta. La fe cristiana, y por ende también la Doctrina Social de la Iglesia, que consiste en el “anuncio de la verdad del amor de Cristo en la sociedad” (CV, n. 5), ¿siente la necesidad de encontrarse con la universidad, es decir con el saber y los saberes? Y digo el saber en singular y los saberes en plural porque considero que la fe cristiana no se interesa tan solo por cada una de las disciplinas con sus lenguajes y métodos particulares, sino también por el marco del saber, por la unidad del saber, por la “cohesión interior en el cosmos de la razón”³, según palabras de Benedicto XVI. La encíclica *Fides et ratio* de Juan Pablo II (1998) dice que “el hombre

es capaz de llegar a una visión unitaria y orgánica del saber”, e incluso añade que “este es uno de los cometidos que el pensamiento cristiano deberá afrontar a lo largo del próximo milenio de la era cristiana”. No se trata de una mera exigencia epistemológica, sino nada menos que del hombre y de su bien: “El aspecto sectorial del saber, en la medida en que comporta un acercamiento parcial a la verdad con la consiguiente fragmentación del sentido, impide la unidad interior del hombre contemporáneo” (FR, n. 85). A esta pregunta respondo que sí, pues el cristianismo es la fe en el Dios “que tiene rostro humano”⁴. “¿En qué Dios creemos?”, se preguntó Benedicto XVI en la explanada de Isling de Ratisbona. Y contestó: “Creemos precisamente en el Dios que es Espíritu Creador, Razón creadora [...]. Esta Razón creadora es Bondad. Es Amor”⁵. El amor necesita la verdad sobre todo por dos motivos: para ser auténtico, es decir amor verdadero, y para ser responsable, o sea para no caer en manos de intereses privados.

También podríamos hacernos la otra pregunta correspondiente: el saber y los saberes, ¿llevan en sí la tendencia a volverse hacia la fe cristiana en el sentido de considerarse, por así decirlo, *amputados* si se cierran a ella por prejuicio? No me aventuro a adelantar una respuesta desde este punto de vista, que es el de quienes me escuchan en este momento. También a este respecto, me limito a referir lo que piensa la Iglesia. Hablando al episcopado latinoamericano en Aparecida el 13 de mayo de 2007, Benedicto XVI hizo una afirmación cuyos aspectos epistemológicos no cabe subestimar: “Quien excluye a Dios de su horizonte falsifica el concepto de ‘realidad’ [...]. La primera afirmación fundamental es, pues, la siguiente: solo quien reconoce a Dios, conoce la realidad y puede

⁽¹⁾ Conferencia impartida en la Universidad de Padua el 29 de enero de 2010.

⁽²⁾ He examinado y relacionado entre sí estos discursos en G. CREPALDI, *Il magistero sociale di Benedetto XVI lungo l'anno 2008*, en G. CREPALDI y S. FONTANA, *Primo Rapporto sulla Dottrina sociale della Chiesa nel mondo*, Cantagalli, Siena 2009.

⁽³⁾ *Lección magistral en la Universidad de Ratisbona*, 12 de septiembre de 2006.

⁽⁴⁾ BENEDICTO XVI, *Discurso a los participantes en el IV Congreso Nacional de la Iglesia italiana*, Verona, 19 de octubre de 2006.

⁽⁵⁾ *Homilía en la explanada de Isling*, Ratisbona, 12 de septiembre de 2006.

⁽⁶⁾ BENEDETTO XVI, *Discurso en la inauguración de la V Conferencia general del Episcopado Latinoamericano y del Caribe*, Aparecida, 13 de mayo de 2007. Análogamente: “Quien excluye a Dios del concepto de realidad solo aparentemente es realista” (J. RATZINGER, *Davanti al Protagonista. Alle radici della liturgia*, Cantagalli, Siena 2009, p. 77).

⁽⁷⁾ J. RATZINGER, *Introduzione al cristianesimo. Lezioni sul Simbolo apostolico*, 12ª ed. con un nuevo ensayo introductorio, Queriniana, Brescia 2003¹², p. XIII.

⁽⁸⁾ Cf. G. CREPALDI Y S. FONTANA, *La dimensione interdisciplinare della Dottrina sociale della Chiesa*, Cantagalli, Siena 2006.

⁽⁹⁾ BENEDETTO XVI, Carta encíclica *Deus caritas est*, n. 28.

⁽¹⁰⁾ J. RATZINGER, *Introduzione al cristianesimo. Lezioni sul Simbolo apostolico*, 12ª ed. con un nuevo ensayo introductorio, Queriniana, Brescia 2003¹², p. 41.

⁽¹¹⁾ P. L. BERGER, *La realtà come costruzione sociale*, Il Mulino, Bologna 1969.

⁽¹²⁾ W. E. FRANKL-F. KREUZER, *In principio era il senso. Dalla psicoanalisi alla logoterapia*, Queriniana, Brescia 1995.

⁽¹³⁾ S. Theol. I-II, q. 41, ad 5; *Metafisica* I, 3.

⁽¹⁴⁾ BENEDETTO XVI, *Alocución para el encuentro con la Universidad de Roma «La Sapienza»*, 17 de enero de 2008.

⁽¹⁵⁾ BENEDETTO XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, n. 23.

responder a ella de modo adecuado y realmente humano”⁶. Por eso “la razón puede hablar de Dios, debe hablar de Dios, si no quiere verse mermada”⁷.

Nótese además que la *Centesimus annus* asigna a la Doctrina Social de la Iglesia una “dimensión interdisciplinar” (n. 59)⁸, y que la *CV* sostiene que, para un desarrollo auténticamente humano e integral de todos los pueblos, es preciso que la Doctrina Social de la Iglesia dialogue con los diferentes saberes que se ocupan del hombre y de su desarrollo (cf. nn. 30-31). El propio desarrollo del hombre exige, pues, el encuentro entre la fe y la razón, y la Doctrina Social de la Iglesia se sitúa precisamente en ese punto de encuentro⁹. “La excesiva sectorización del saber, el cerrarse de las ciencias humanas a la metafísica, las dificultades del diálogo entre las ciencias y la teología, no solo dañan el desarrollo del saber, sino también el desarrollo de los pueblos” (*CV*, n. 31). Se necesita “sabiduría” que recomponga en unidad los fragmentos (n. 9).

En mi opinión, uno de los motivos principales de este encuentro entre la *Caritas in veritate* y el saber (y los saberes) es que el sentido nunca es algo producido por nosotros, sino que es siempre, por así decirlo, algo recibido. Creo que es este el motivo por el que la razón necesita de la fe y viceversa. En la *CV* el Papa lo afirma dos veces a propósito de la verdad y del amor, es decir, de las dos fuentes principales de sentido para el hombre: “En todo proceso cognitivo la verdad no es producida por nosotros, sino que se encuentra o, mejor aún, se recibe” (n. 34). “Todo conocimiento, hasta el más simple, es siempre un pequeño prodigio, porque nunca se explica completamente con los elementos materiales que empleamos” (n. 77).

Y es que el hombre comprende quién es cuando recibe y acoge una palabra que lo interpela y cuando se descubre objeto de amor. Nadie es capaz de salir por sus propios medios del “pantano de la incertidumbre”¹⁰ o, como también se dice, nadie puede darse lo que no tiene. Nada es capaz “de darse su significado último por sí mismo” (n. 16). Sé bien que muchos filósofos han pensado y siguen pensando que el sentido siempre es algo producido: el *constructivismo* considera el saber precisamente como

una construcción nuestra, y no falta quien considere la realidad una construcción social¹¹. Creo, sin embargo, que un análisis fenomenológico atento y una razón no reduccionista nos dicen que un sentido producido por nosotros no puede satisfacerlos, como sostenía también Kant. Viktor Frankl afirmaba: “En realidad, el sentido no puede en absoluto ser dado. El sentido hay que encontrarlo, y en cada ocasión debe encontrarlo solo el interesado directo”¹². Creo que esta observación es válida también fuera del ámbito de la psicoterapia.

Razón y fe se encuentran ante todo aquí, cuando se descubren a disposición de un sentido que irrumpe y que no es producido por nosotros. La verdad, en efecto, es siempre lo que uno no se esperaba. Por eso abre el espíritu a la libertad, ya que la libertad es gratuidad y no necesidad. Lo gratuito acontece, no se produce, y hace posible nuestra libertad, que es causalidad no causada. El sentido recibido y no producido, cuando *irrumpe* y *excede* nuestras expectativas —racionales también, y no solo de fe, si es verdad que el saber arranca del estupor, de la *admiratio*¹³— hace posible nuestra libertad también porque genera responsabilidad, dado que la vocación es “una llamada que requiere una respuesta libre y responsable” (n. 17).

El servicio que la fe cristiana presta a la razón estriba en ayudarla a no encerrarse en sí misma considerándose productora de sentido. La fe constituye una continua “invitación a mantenerse en camino con esta pregunta [por la verdad]”¹⁴. Lo hace no apoyándose en ella desde fuera, sino mostrándole que no sería en absoluto conforme a razón pensarlo, dato que habría que creerlo por vía de postulación. La fe cristiana ayuda a la razón a no ser fe. Solo una razón abierta a la fe, abierta a la esperanza del don, es plenamente razón. La razón, en efecto, guía a la voluntad, pero para ello necesita mirar “más allá de sí misma”¹⁵. De ahí que la *Fides et ratio* dijera que la fe invita a la razón a “no detenerse nunca”. Basta tan solo con que la razón así lo quiera.

Ahora bien, todo ello tiene que ver de manera profunda con la Doctrina Social de la Iglesia y es la clave

(16)
G. CREPALDI, *Introduzione a BENEDETTO XVI, Lettera enciclica Caritas in veritate*, Cantagalli, Siena 2009, pp. 9-42.

(17)
G. CREPALDI, *Introduzione a BENEDETTO XVI, Lettera enciclica Caritas in veritate*, Cantagalli, Siena 2009, p. 20.

de lectura principal de la *CV*. Al presentar la encíclica en la sala de prensa de la Santa Sede el 7 de julio de 2009, individué esta clave de lectura en la expresión “recibir precede a hacer”¹⁶, fundamento del desarrollo verdadero según la encíclica. Ello resulta posible si al hombre le es revelada su *vocación* tanto por parte de la razón como de la fe, aliadas entre sí. El desarrollo no es mero crecimiento: el desarrollo se vuelve posible con vistas a un fin que viene hacia nosotros y nos atrae; si, por el contrario, nuestro avance se ve impulsado desde atrás por acumulación, solo tendremos crecimiento. Permítanme la autocita: “Si los bienes solo son bienes, si la economía es solo economía, si estar juntos significa tan solo estar cerca, si el trabajo es solo producción y el progreso solo crecimiento... si nada llama a todo esto a ser algo más, si todo se debe al caso y a la necesidad, el hombre permanece sordo: nada le habla ni se le revela. Pero, en ese caso, también la sociedad será solo una suma de individuos, no una comunidad verdadera. Los motivos para estar cerca podemos producirlos nosotros, pero los motivos para ser hermanos no podemos producirlos”¹⁷. Pero el hombre no solo está interesado en la vocación, sino en la *plenitud* de la vocación. En el plano

epistemológico está interesado en la verdad íntegra; en el plano ontológico, en la plenitud del ser; en el plano existencial, en la plenitud de la vida; en el plano religioso, en la salvación integral. Es enseñanza constante de la Iglesia que solo si buscamos los fines últimos podemos alcanzar los penúltimos. En el Colegio de Bernardos dijo el Papa que los monjes buscaban a Dios, pero que al hacerlo desarrollaron también la gramática de la convivencia humana. En la encíclica *Spe salvi* cita a san Bernardo de Claraval, según el cual “allí donde las almas se hacen salvajes no se puede lograr ninguna estructuración positiva del mundo” (n. 15). Este es el mensaje sobre el desarrollo que la *CV* nos envía: procurando la *plenitud* de la vocación humana es como pueden realizarse también las vocaciones, dado que la vocación al desarrollo atañe tanto al plano natural como al sobrenatural, y “si el hombre fuera fruto solo del azar o la necesidad, o si tuviera que reducir sus aspiraciones al horizonte angosto de las situaciones en que vive, si todo fuera únicamente historia y cultura, y el hombre no tuviera una naturaleza destinada a trascenderse en una vida sobrenatural, podría hablarse de incremento o de evolución, pero no de desarrollo” (*CV*, n. 29).



La colaboración entre la ciencia y la fe cristiana en el horizonte de la Doctrina Social de la Iglesia tiene también como efecto positivo el de dejarnos guiar en los temas del desarrollo por un sano realismo, más que por las perspectivas ideológicas. El saber impide que la caridad se transforme en un contenedor sin contenido. ¿Cuántas veces olvidamos que las ayudas pueden también derrumbar el mercado de los países pobres y generar, a largo plazo, nueva pobreza? ¿Cuántas veces olvidamos que el desarrollo necesita ser acompañado? ¿Cuántas veces olvidamos que las causas inmateriales del subdesarrollo ejercen mayor impacto que las materiales? ¡Y sin embargo son las propias ciencias las que nos lo dicen! A la caridad le importa escuchar el saber y los saberes para poder ser auténtica. Desde este punto de vista, la *CV* abunda en estímulos de notable interés que han merecido el aprecio de los *expertos*. Tiene en gran consideración la perspectiva del saber y no cree que pueda producirse solidaridad sin respetar las leyes económicas. Por otro lado, cabe decir también lo contrario, o sea que “la caridad no es una añadidura posterior, casi como un apéndice al trabajo ya concluido de las diferentes disciplinas, sino que dialoga con ellas desde el principio. [...] No existe la inteligencia y después el

amor: existe el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor” (n. 30).

Dicha *armonía* resulta particularmente evidente en la *CV* cuando enuncia el principio según el cual la gratuidad y el don no vienen tan solo después de la actividad económica, sino que deben concernir a esta desde el principio. Con equilibrio epistemológico, el Santo Padre asienta esta afirmación no solo sobre premisas teológicas, sino también sobre las exigencias de la propia economía, explicando por medio del lenguaje de los economistas que desde cuando, a consecuencia de la globalización, la función redistributiva del Estado entró en crisis, es preciso que la redistribución tenga lugar de inmediato, en la misma sociedad civil y en todas las fases de la actividad económica, y que implique al sector público y al privado en no menor medida que a los agentes económicos de la sociedad civil.

En otro lugar he subrayado que en la *CV* se repite varias veces el término ‘vocación’, palabra que en su máxima expresión significa el “proyecto que Dios tiene” sobre nosotros (n. 1). La libertad nace, pues, de “amar a nuestros hermanos en la verdad de su proyecto” (ibíd.). De esta vocación, lejos de derivarse asfixia para el saber y la investigación, surge una invitación a una apertura recíproca con vistas al desarrollo auténtico del hombre.

